



## REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR  
D. ALFONSO ENRIQUE OLLERO.

NICOLÁS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

### REAL MONASTERIO DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL

Acababa de abandonar el cetro por la cogulla el gran Emperador Carlos V; aún ardían en Europa las discordias que sembraba su ambición; Felipe II ocupaba en edad florida el glorioso cetro de Isabel la Católica, y sus huestes luchaban en la frontera francesa contra las del francés Enrique II. En los alrededores de San Quintín, empeñado en tomar aquella plaza un ejército español, acaudillado por Filiberto de Saboya, acabó por destrozar completamente el que mandaba Coligny, y desembarazado el camino de París, su Rey se creyó á merced del Monarca de Castilla.

No se aventuró éste, sin embargo, en peligrosas expediciones; mas conocedor de las ventajas obtenidas, y deseoso de establecer la paz, pudo imponer esta algún tiempo después con grandes ventajas para sus Estados. Y como estas arrancaban de la victoria obtenida el día 10 de Agosto, fecha en que la Iglesia conmemora el martirio del español San Lorenzo, Felipe II resolvió perpetuar la memoria de aquel hecho de armas, alzando suntuosísimo edificio bajo la advocación del santo, y poniendo á contribución cuantos elementos podían facilitar-

le las riquezas y las artes en tan poderosa monarquía.

En la imposibilidad de hacer una descripción de tan magnífico y severo monumento, nos contentaremos con extraer las siguientes noticias, que si no son suficientes para formar idea aproximada de su grandiosidad, basta para llamar la atención hacia el celebrado monasterio.

Este famoso edificio, tenido con razón por la séptima maravilla del mundo, abraza un terreno de 500.000 piés castellanos, y se ha calculado que todas las superficies por donde puede transitarse en esta babel de viviendas y compartimientos, miden una extensión de más de 33 leguas.

Contiene este edificio 11 aljibes, 88 fuentes, 13 oratorios, 27 patios, 7 refectorios, 9 torres, 1.110 ventanas interiores, 1.562 idem exteriores, 12.000 puertas, 14 zaguanes, 15 claústros, 86 escaleras con 6.704 peldaños, 4.565 piezas, 300 celdas, 8 galerías de palacio, 2.620 desvanes, sobrados y caramanchones; 90 salones y paseos interiores, 5 enfermerías, 9 cocinas, 9 letrinas, 40 altares en la iglesia, 6 naves en la misma con 26 arcos, 13 estatuas de piedra, 33 de bronce doradas á fuego, 9 órganos, 50 figuras de escultura menores, 16.000 pin-



turas al óleo, 540 al fresco en pared, 232 libros de coro con 17.000 hojas, cada una de una piel de ternera; están perfectamente escritos, y cada folio contiene 10 renglones ó 4 de cantollano: todos son de igual tamaño; abiertos tienen dos varas de ancho y más de un metro de alto: pueden colocarse cuatro á la vez, sin que se toquen, en cada frente del magnífico facistol, preciosa joya de ácana y bronce dorado, que sobre una peana de jaspe y mármol se eleva hasta la altura de 16 piés, y se halla tan bien montado, que con un peso de más de 5.000 arrobas puede hacerlo girar un niño de seis años, razón por la cual el vulgo le supone montado en diamantes.

La biblioteca contiene 56.000 volúmenes, y entre ellos figuran muchos preciosos manuscritos y antiguos códices.

En el panteon de infantes hay depositados hasta hoy 66 cuerpos de príncipes, infantes y reinas sin sucesión.

En el panteon régio se hallan ocupadas 17 urnas: ocho á la derecha del altar y nueve á su izquierda. Las primeras contienen los restos mortales del Emperador Carlos V, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Carlos II, Luis I, Carlos III, Carlos IV y Fernando VII.

Felipe V y Fernando VI, así como sus esposas, tienen enterramiento particular: el primero en el Real Sitio de San Ildefonso y el segundo en las Salesas Reales. También tiene enterramiento particular la Reina Doña Mercedes, en el Monasterio, capilla de San Juan Evangelista.

En las urnas de la izquierda están la Emperatriz Doña Isabel, única esposa de Carlos V; Doña Ana de Austria, cuarta de Felipe II; Doña Margarita, única de Felipe III; Doña Isabel de Borbon, primera de Felipe IV, y Doña María Ana de Austria, segunda del mismo; Doña María Luisa de Saboya, primera de Felipe V; Doña María Amalia de Sajonia, única de Carlos III, y Doña María Luisa de Borbon, única de Carlos IV.—Distinguese perfectamente á un lado del tarjeton de esta última urna el nombre de María Luisa grabado con unas tijeras por esta señora.—Por desgracia este número pronto se aumentará con el de Doña María Cristina, fallecida en Agosto último.

Las misas, aniversarios y sufragios cargados á este Monasterio por el fundador y sus sucesores, se elevan á 17.538 al año, de

estas un gran número cantadas, y á 113 responsos diarios, sin contar los que por la generalidad de los fieles aplicaban los monjes transeuntes.

Felipe V, Luis I, Fernando VI, Carlos III y Carlos IV, así como sus esposas, no dejaron manda; por tanto, no se reza por ellos en particular.

Las reliquias entregadas al Monasterio por su fundador ascienden á 7.422, segun consta en el índice colocado en una tabla en el antecoro. Su clasificacion es como sigue: 462 insignes, 255 casi insignes, 1.006 menores, 4.165 pequeñas, 12 cuerpos enteros, 144 cabezas enteras, 306 canillas grandes, 678 santos cuyos nombres constan, 391 santos únicos en el nombre, y tantas adquiridas posteriormente, pues segun el padre Sigüenza, se cree que haya en el Monasterio reliquias de todos los santos conocidos, ménos de San José, esposo de Nuestra Señora, y de San Juan Evangelista, que se hallan en el cielo, y de Santiago el Mayor, patron de España, que existe íntegro en Compostela.

## EL NIÑO INDEPENDIENTE

Conclusion (1)

V.

Algunos meses corrieron de esta manera; Juan Francisco habia hecho todo lo posible para tomarle el gusto á la vida salvaje, y por persuadirse de que la libertad de que gozaba bastaba á su dicha; pero á pesar de sus esfuerzos, la tristeza y el abatimiento comenzaban á apoderarse de él. La soledad le abrumaba. Empezaron bien pronto á sufrir males que no habian previsto. Sus vestidos se hicieron pedazos, y tenían que soportar medio desnudos el calor del día y el frío de la noche. Para colmo de infortunio, una tempestad les arrebató su *carbet*, el arroyo donde pescaban se agotó repentinamente, las batatas faltaron y el hambre se dejó sentir.

Pablo, que era ménos robusto que su hermano, no pudo resistir á tantas privaciones y fatigas, y cayó peligrosamente enfermo.

Hasta entónces Juan Francisco habia luchado valerosamente contra la miseria; pero cuando vió á su hermano tendido sobre su lecho de hojas, sin mirada, sin voz y casi sin aliento, todo su valor le abandonó. Se sentó en tierra, ocultando la cabeza entre sus manos, y se puso á llorar amargamente.

Pablito le oyó y le llamó.

(1) Véase la pág. 348.



—¿Por qué lloras, hermano? preguntó haciendo un esfuerzo.

—Porque tú estás aquí por culpa mía, respondió Juan Francisco.

—No digas eso, murmuró el Jorobado; yo he querido venir contigo.

—No, no, repitió Juan con una especie de rabia desesperada; es por cariño hacia mí por lo que me has seguido, y porque yo no quería someterme á nadie, hemos dejado á Brest, y despues la fragata. Yo hubiera querido hallar un lugar donde se viviera enteramente libre, y ahora comprendo que es imposible. Allí eran parientes y superiores nuestros dueños, aquí son el hambre, el calor y las enfermedades. Lo que yo juzgaba independencia es aislamiento, y el aislamiento es el peor de los males. Si estuviésemos todavía en nuestro país, á bordo de *La Felicidad* ó con los *caroucas*, tú tendrías cuidados, remedios para calmar tus sufrimientos, que aquí yo sólo puedo verlos y llorarlos. ¡Oh! ¿por qué no he comprendido más pronto que en sociedad se nos concede en proteccion lo que se nos demanda en obediencia?

—Yo lo he pensado con frecuencia, y todas las veces que tú repetías ¡yo quiero ser independiente! me parecía oírte decir ¡yo quiero vivir para mí solo y tener razon contra todo el mundo! pero si te lo digo hubieras creído que rehusaba seguirte.

—¡Querido, querido Pablo! exclamó Francisco estrechando á su hermano entre sus brazos; ¿cómo reparar el mal que te he causado? ¡Ah! ¡que no pudiera yo á costa de mi vida devolverte á nuestra familia! Dios mío, ¿no tendreis piedad de los que se arrepienten?

No habia concluido su plegaria, cuando se dejó oír á lo lejos un estruendo sordo y prolongado. Pablo abrió vivamente los ojos.

—¿Has oído, hermano? preguntó.

—¿El qué?

—Escucha.

Un segundo poderoso zumbido acababa en efecto de resonar.

—¡Un cañonazo! exclamó Juan Francisco ébrio de dicha, poniéndose en pié de un salto.

—Es un navío, hermano, un navío.

Ya no escuchó más, y se lanzó fuera del *carbet*. Un navío avanzaba, en efecto, con las velas desplegadas, volviendo la punta más avanzada de la isla.

Un pensamiento súbito atravesó por la mente de Francisco; cogió un tizon del hogar, y corriendo á un monton de hojas y ramas de árboles que se elevaba en lo alto de una eminencia, le prendió fuego. Bien pronto la llama, avivada por el viento, corrió en torbellinos alrededor de los troncos muertos, y se elevó como una larga columna de humo.

Al mismo tiempo Francisco, que se habia colocado al pié de los árboles encendidos, á

riesgo de que le aplastasen en su caída, hacia señales expresivas. De repente las velas fueron recogidas, y el navío se detuvo. Una chalupa se dirigió á tierra. ¡Le habian visto!

Juan Francisco corrió al *carbet*, y tomando en hombros á su hermano, que deliraba de fiebre y de júbilo, descendió de la eminencia con la ligereza que le permitia su pesada carga.

Cuando llegó á la playa, la tripulacion de la chalupa habia desembarcado y avanzaba hacia ellos. Francisco sintió que sus piernas se debilitaban; un velo cubria sus ojos, impidiéndole distinguir á los que llegaban en su socorro.

Oyó solamente voces y ruido de pasos. Hizo por fin un esfuerzo para lanzarse á su encuentro, y fué á caer á sus piés exánime y sin aliento.

—¡Dios me valga! ¡es el moreno! exclamó una voz conocida.

—¡Patron Floch! murmuró Juan.

Y se desvaneció de fatiga y de emocion.

Se levantó á los dos hermanos, que fueron trasportados á la chalupa, y de allí á la fragata, donde todo se explicó. Juan Francisco contó desde luego, sin desfigurar nada, cuanto les habia pasado; y en cuanto al retorno de *La Felicidad* por aquellos parajes, no era un encuentro casual.

El capitan Nivel, despues de haber cumplido su mision, habia determinado pasar cerca de la isla para conocer, si era posible, la suerte de los dos hermanos. Ya se ha visto cómo la Providencia favoreció esta difícil empresa.

Los cuidados prodigados á Pablo le devolvieron la salud, y desembarcó sano y salvo con Juan Francisco en Brest.

La experiencia habia corregido por completo aquella naturaleza indómita, desvaneciendo la especie de orgullo que le habia hecho hasta entónces indisciplinable. Llegó á ser tan sumiso como rebelde habia sido antes; y cuando se hablaba de su independencia delante de él acostumbraba á decir:

—La verdadera independencia está en el cumplimiento del deber.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Arreglo del francés.)

## EL INTELIGENTE PERRO ROCK Y EL SALVAMENTO

Hace algunos años ocurrió en Lóndres el notable caso de la penetracion del perro, que vamos á narrar. Siguiendo su costumbre, salió un día á paseo Juan Adams, criado del capitan Talbot, acompañado del perro de éste, llamado Rock, y se dirigió á las fuentes de adorno del Parque del Regente. Apenas llegó allí, observó Adams que asomaba en la superficie del agua un pié de hombre, y sospechando que pudiera éste haber caído poco antes, y conservarse todavía vivo, llamó hacia él la atencion del



perro, el cual se arrojó instantáneamente al agua. A los pocos segundos, tomó al hombre de una pierna del pantalón, é hizo esfuerzos para sacarlo afuera; mas viendo que no lo conseguía por este medio, le ocurrió, con asombro del criado, otro más á propósito, que puede considerarse como la muestra de mayor inteligencia de que haya memoria en los hechos de esta especie de animales: se internó en el agua, y tomando al hombre del cuello de la levita, apareció de nuevo con él y lo llevó á la orilla. Gracias á Rock, á Adams y á los meritorios esfuerzos de la policía, el hombre recuperó el conocimiento. Es sensible que los regla-

mentos de la Real Sociedad Humanitaria no la hubiesen permitido acceder á los deseos de la redacción del periódico *The British Workman*, de regalar un collar de honor al Rock; pero nos complacemos en manifestar que algunos amigos de los redactores contribuyeron con sumo gusto á costear uno con adornos de plata, que el capitán Talbot tuvo la bondad de aceptar, en cuyo precioso objeto aparece la inscripción siguiente: «Collar de regalo en honor de Rock, por la inteligencia que demostró al salvar á un hombre de que se ahogara en las fuentes de adorno del Parque del Regente.»



Real Monasterio del Escorial.

### EL GATITO BLANCO

Cierta niña un día,  
De rostro muy franco,  
Sobre sí tenía  
Un gatito blanco.

—Gatito,  
Bonito,

¿Quién te quiere á tí?  
Por el terso lomo  
Pasaba su mano,  
Tan suave, como  
Si pasara en vano.

—Gatito,  
Blanquito,

¿Me quieres tú á mí?

—Niña, no hagas eso,

Le dijo al mirarla  
Un chico travieso,  
De indiscreta charla.

—Gatito,  
Bonito,

Toma un puntapié;  
Y brusco, con ira,  
Lo coge del cuello,  
Y al suelo lo tira,  
Diciéndole en ello:

—Gatito,  
Blanquito,

Ven que te lo dé.

La niña, el semblante  
Al ver resolute,  
Le dijo al instante:  
—No seas tan bruto.

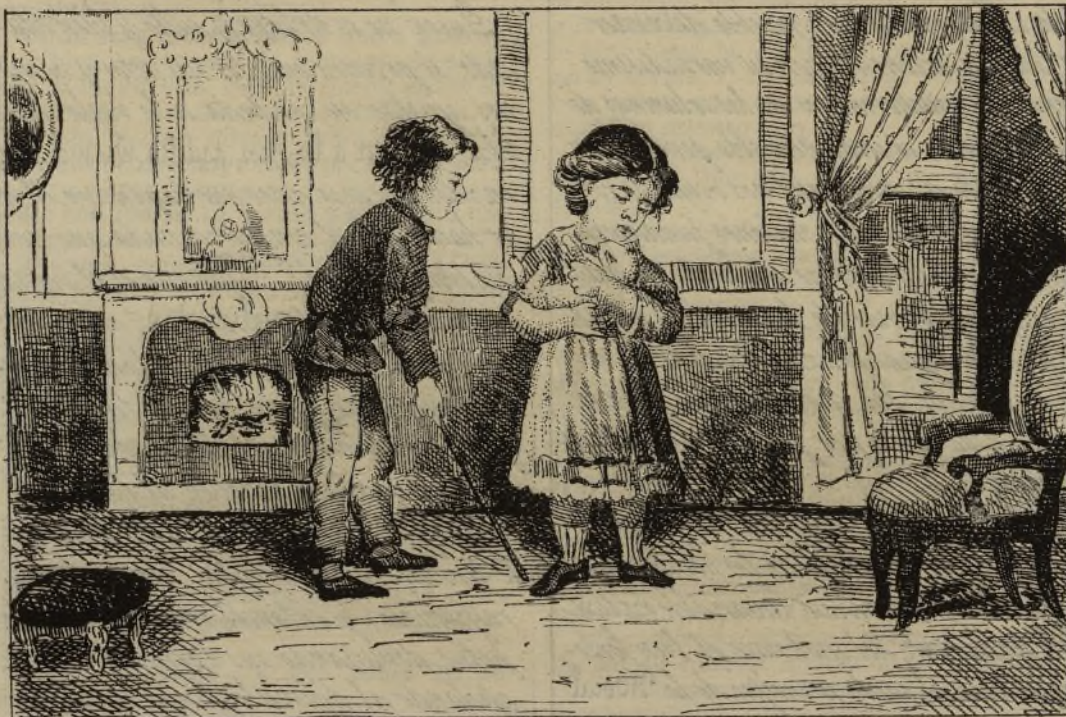


—Gatito,  
Bonito,  
¿Por qué te hacen mal?  
El chico, malvado,  
Tras él fué corriendo;  
La niña, al cuidado,  
Gritaba diciendo:  
—Gatito,  
Blanquito,  
¡Mi pobre animal!

El gatito huía;  
Pero el chico, malo,  
Detrás de él corría  
Para darle un palo.  
—Gatito,  
Bonito,  
Aguárdate ahí.

Mas cogerlo pudo,  
Y en aquel momento  
Sacudióle, rudo,  
Un golpe violento.  
—Gatito,  
Blanquito,  
Hoy mueres aquí.

Bufando ya ciego,  
El gato saltara,  
Y arañale luego  
En medio la cara.  
—Gatito,  
Maldito,  
Vete á Belcebú.  
La niña, bien hecho,  
Le dijo llorando;  
Si es duro tu pecho,



El gatito blanco.

Que aprenda á ser blando.  
—Gatito,  
Chiquito,  
¿Qué mal le haces tú?...

«Quien goza en el daño  
Es siempre un infame.»  
Lo coge, y extraño  
No es ver que la lame.  
—Gatito,  
Bonito,  
¡Mi pobre animal!  
Parece que el gato  
Las gracias le daba;  
Y al chico, insensato,  
Después le pesaba.  
—Gatito,  
Blanquito,

¿Por qué te hice mal?

—  
¡Pobres animales!  
Tan vil como injusto  
Es quien daños tales  
Les hace por gusto.  
—Gatito,  
Bonito,  
Perdona la accion.  
«Niñas bondadosas:  
Si andando en la vida  
Hallais estas cosas,  
Decid en seguida:  
—Gatito,  
Blanquito,  
¿Qué mal corazon!»

ALFONSO E. OLLERO.



## LA URBANIDAD. (1)

Convenido de que los míos suscritores que han leído el artículo inserto en el número 20 desean, con gusto, ser urbanos y pasar en todas partes y en todos tiempos por personas bien educadas, lo estoy también de que desean ya saber cuáles son esos principios amables de la urbanidad y de la cultura, de que en ese artículo les hablaba. — Necesario es complacerlos; pero antes de entrar en detalles, á los cuales nunca será posible descender en toda su extensión por su variadísimo número, y mucho menos en las columnas de un semanario, es indispensable generalizar, concretando el asunto que nos ocupa, y ver si podemos reducirlo á nociones fundamentales, que puedan servir de norte y guía en el revuelto mar de la sociedad, á todo el que sus aguas cruza siguiendo los pasos de la vida, sea cualquiera la nave en que lo haga. Esto por fortuna no me parece difícil.

La Urbanidad, como todo lo que es bueno en el mútuo comercio de los hombres, tiene un fundamento preciso, invariable, radical. Este fundamento, del cual nace el bien forzosamente, es el santo principio de la Moral cristiana que manda amar al prójimo como á nosotros mismos. — Es, pues, el fundamento de la caridad, de cuya virtud no es la urbanidad más que la forma exterior, ó sea la agradable y respetuosa dulzura con que ella encubre todas las manifestaciones del trato humano, del mismo modo que el ebauista agulla y reviste con un barniz brillante las ásperas superficies de la torca madora.

Veis, queridos: ese fraternal man-

(1) Véase la pág. 342.

dato del Orador, principio fundamental de toda sociedad humana, es la sólida base en que se apoya el edificio que hemos emprendido. — Es, en efecto, el único y más seguro principio en que deben, en mi pobre opinión, estribar los tratados de urbanidad, y el, por consiguiente, la estrella polar, sencilla en el horizonte que puede guiar al marino perdido en una noche sin luz entre revueltas olas, sin vorada, ni luna alguna que le marque el derrotero.

¿Quién no es urbano y culto y bien educado, si procura en todos sus actos y ocasiones ajustar su conducta á la regla infalible de hacer á los otros aquello mismo que en idéntico caso desea que hagan con él, y no hacer, por el contrario, nada que no quiera para sí? — Pues este es el verdadero origen de la urbanidad, que unas veces es natural, porque espontánea y naturalmente se ejerce, y otras fingida; pues siendo muy variados los sentimientos y pasiones que mueven al hombre, no siempre puede éste ser naturalmente urbano, ó sea amable, atento, fino y respetuoso, y entonces, venciendo sus instintos, dominando sus inclinaciones y apelando al deber, finge sentir lo que no siente, y pone en juego las reglas de la urbanidad, que resulta fingida, pero cuya flicción es absolutamente necesaria para no cometer una inconveniencia, hiriendo la susceptibilidad ajena, que es lo que precisamente trata siempre de evitar toda persona urbana, en exacto cumplimiento de la regla fundamental citada; es decir, para no ofender ni herir ni disgustar á nuestro semejante del mismo modo que no queremos que él nos ofenda,



*hice y disgusto á nosotros, cuando incoherentemente saímos causa de que él se viera en la precisión de cubrir, en obsequio nuestro, con un velo de amabilidad y fría atención la intranquilidad que le hacemos sufrir.*

(Se continuará)

## CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

—No cedas á la tentación: piensa que Dios en sus mandamientos te dice: «No matarás;» óyeme y sálvate. ¡El remordimiento persigue siempre al asesino!

—Una fosa abierta en la tierra guarda muy bien un secreto. Un momento de decisión, y luego una vida de goces: el oro es la felicidad, y la felicidad es el olvido.

Fausto, con la mirada torva y sombría, se levantó como impulsado por un resorte: anduvo algún tiempo en la oscuridad, sacudió con fuerza su frente y se puso á cavar una fosa.

El ángel, emisario de Dios, le miraba con pena; Satanás sonreía con gozo á su lado.

Entretanto Diego, el venerable anciano, el padre cariñoso de Fausto, temiendo por el hijo de su alma, al ver aproximarse la tempestad, había abandonado su techo, y cruzando zanjás, y atravesando los desiertos y oscuros campos, había llegado á la puerta de la choza.

En su camino había visto brillar, á la luz de los relámpagos, las armas de algunos soldados de la reina, que vagaban por las veredas: esto, á pesar de chocarle, no le había interesado en gran manera; ¿qué tenía él que ver con la justicia, si era tan honrado y tan pacífico?

Siguió adelante, y sólo pensó en su Fausto.

—¡Hijo! gritó al penetrar en la choza, ¡hijo!

—¿Qué es eso? ¿quién está ahí? dijo desde el interior una voz desconocida para Diego.

—¡Fausto! ¿y mi hijo? preguntó á su vez éste dando algunos pasos.

—Tranquilizaos, buen viejo; si el que buscáis es el joven pastor que habita esta choza, hace un instante estaba aquí.

—Pero ahora...

—Habrá salido.

—Con esta noche ¿á qué?

—Es verdad. ¡Oh! si habrá visto motivo de alarma.

—¿Cómo?

—Tal vez habrá ido á ver si los soldados que me persiguen...

—¿Soldados? yo he hallado algunos al cruzar el monte.

(1) Véase la pág. 351.

—Entonces, ¡soy perdido!

El buen Diego, compadecido de aquel hombre, se informó de cuáles eran sus temores, y viendo su peligro, le dijo con decisión y oyendo sólo la voz de la caridad:

—Tranquilícese V., aún se puede salvar; tome V. mi ropa, mi viejo capote, que aunque pobre, él puede cubrirle bien: los que me han visto venir no extrañarán verme volver. Los dos tenemos la misma estatura, y les será fácil equivocarnos.

Y sin detenerse un instante, ambos ancianos cambiaron de traje, y el desconocido se preparó á salir de la choza, despues de escuchar las instrucciones que le daba el padre de Fausto.

—Siga V. siempre á la derecha, le dijo el tio Diego; mi casa dista un cuarto de legua escaso, y en llegando á ella, mi mujer le dirá cómo ha de seguir hasta B... ¡Ah! no se olvide V. de decir á mi pobre viejecita que no pase cuidado, porque yo quedo aquí con nuestro hijo.

Un instante despues, Diego estaba solo pidiendo á Dios que guiase los pasos del fugitivo.

La noche estaba muy cruda, y el anciano, que se había quitado su capote para cubrir al desconocido, empezaba á sentir un frío intenso.

Miró en torno, y halló la capa de aquel hombre, arrojada aún en tierra. La cogió del suelo, la puso sobre sus hombros, y se dispuso á esperar á su hijo, cuya tardanza le extrañaba ya.

Fausto entre tanto había acabado su horrible tarea. Gruesas gotas de sudor inundaban su frente, y sus ojos, extraviados por la fiebre y el delirio, miraron con afán la profundidad de la fosa que había cavado. En aquel hueco cabía con holgura el cuerpo de un hombre.

Impulsado por el génio del mal, arrastrado por su funesta ambición, el desdichado corrió hácia su choza, salvando barrancos y escabrosidades, sin pararse un momento.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

## MÁXIMAS, PENSAMIENTOS Y SENTENCIAS

Las primeras impresiones que recibimos en la infancia sirven de norte á todas las demás acciones de nuestra vida.—LORD BYRON.

La sabiduría sirve de freno á la juventud, de consuelo á los viejos, de riqueza á los pobres y de ornato á los ricos.—DIÓGENES.

Aprender no es otra cosa que acordarse.—SÓCRATES.

Yo me he arrepentido muchas veces de haber hablado; jamás de haber callado.—XENOCRATES.

La ingratitud es un vicio contrario á la naturaleza, puesto que hasta los animales son agradecidos.—SEGUR.

No es menester ser sábio para saber de qué modo se debe obrar: basta ser bueno.—SUZETTE LABROUSSE.

La verdad adelgaza y no quiebra, y siempre



anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua.—CERVANTES.

## ENTRETENIMIENTOS

### ENIGMA

Es geométrico, es músico,  
Es arma muy primitiva;  
Y pintado allá en el cielo  
Vuelve al alma la alegría;  
Es un honor, una gloria,  
Que aquí mucho se prodiga,  
Y es una heroica amazona  
Que la virtud santifica.

### PROBLEMA NUMÉRICO

(Remitido por la Sra. D.<sup>a</sup> Palmira Segura y Boira.)

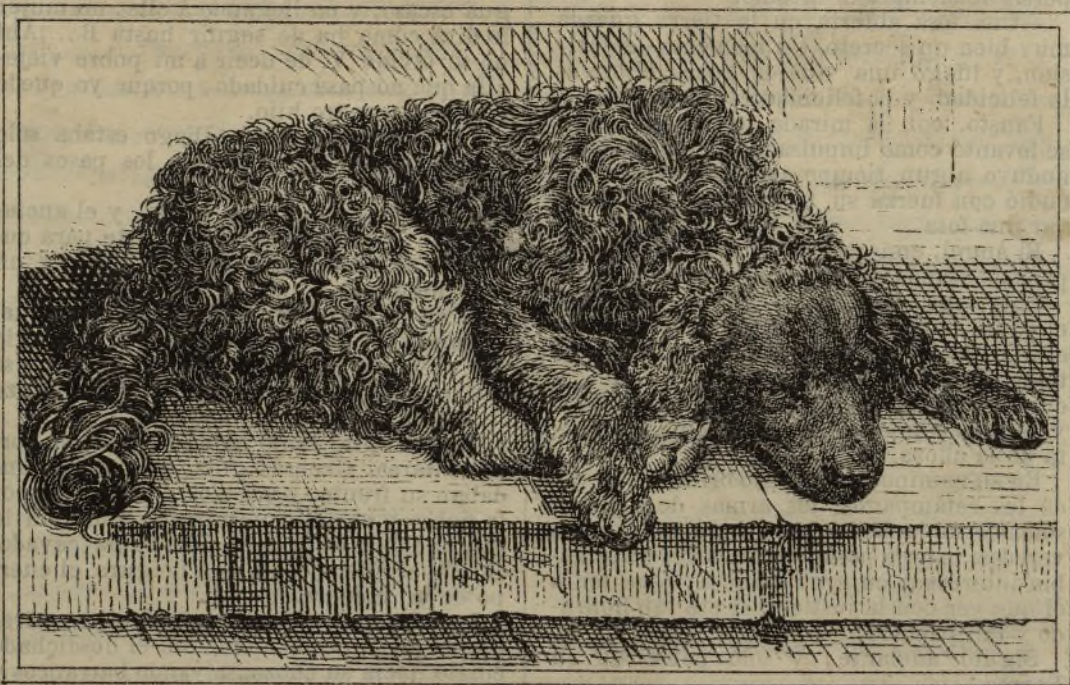
• • • •  
• • • •  
• • • •  
• • • •

Llenar los puntos con guarismos que, sumados vertical, horizontal y diagonalmente, den el número diez; pero no pasando de cuatro los guarismos empleados, y no conteniendo ni vertical, ni horizontal, ni diagonalmente dos veces un mismo guarismo.

### FUGA DE VOCALES

.n. b..n. .d.c.e..n .s l. r..z d. .n. v.d.  
v.rt..s.

(ARCE BODEGA.)



El inteligente perro Rock.

### CHARADA COMPUESTA

(ESTA ES PARA LOS PAPÁS DE LOS NIÑOS.)

Las *primas*, que es igual que el primer *todo*,  
De los griegos era un arma de defensa;  
Las tres *segundas*, que del mismo modo  
A un *total segundo* es igual, piensa  
Que es algo parecido á mausoleo;  
Y en las *terceras* al *tercero* iguales  
De Campoamor pintada el alma yco,  
Como el cielo al través de los cristales.

### CHARADA

Mi *primera* repetida  
América lo produce,  
Y en la escala musical  
También mi *segunda* luce.  
Mi *todo* usa la mujer

Con majestad sin igual,  
Y es una prenda de corte,  
Parte de astro, y de animal.

(Las soluciones en el próximo número.)

### Soluciones del número anterior

Del acertijo.—EL ECO.

Del rompe-cabezas:

C	A	P	A	S
A	M	A	C	A
P	A	P	E	L
A	C	E	R	O
S	A	L	O	N

De la charada.—COCA.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.